

## Espacios imaginarios místicos de la intimidad

● MARÍA NOEL LAPOUJADE

### Premisas

La imaginación ama *las premisas*. Precisamente en tanto supuestos no demostrados, en los que hunden sus raíces inevitablemente las construcciones teóricas. Soporte imaginario sobre el que se apoyan los actos de fe de la razón imaginante.

En general *el espacio* puede *suponerse* como una infinita extensión exterior al individuo.

Es decir, puede admitirse *como si* fuera espacio dado, dato previo, contexto, receptáculo de todos los entes. En el presente contexto, se entiende por “lo dado” lo que acontece al individuo y de lo cual puede tenerse noticia. Dado es lo que puede impactar a un sujeto posible. Lo dado es cualquier *x* del que se reciben impresiones (remiscencia de Hume).<sup>1</sup>

Todo aquello de lo que puede tenerse algún tipo de registro puede llamarse *el dato*.

He aquí que del espacio infinito no tenemos ningún dato, por ende, no nos es dado.

En rigor, este pretendido dato de la extensión infinita sólo es constatable en el plano de la vivencia imaginaria.

El concepto abstracto de espacio real, exterior, objetivo, infinito en cuanto significativo en el lenguaje, en una lengua, en un acto de

<sup>1</sup> David Hume, *Treatise of human nature*. Penguin Books, Londres, 1969. Trad. española: *Tratado de la naturaleza humana*, Espasa Calpe, Madrid, Libro I, Parte II, Sec. V, 1923, p. 114.

habla, encuentra su correlato, en las imágenes de espacios abiertos, sin fin.

Entre otras tantas funciones de la imaginación está la de alimentar los conceptos vacíos al proponerle imágenes que dotan de sentido la función conceptual de la denotación (reminiscencia de Kant).<sup>2</sup>

El espacio exterior sólo es registrable como dato, en cuanto espacios finitos, extensiones limitadas.

El espacio exterior en cuanto extensión infinita nos exige el acto acrobático de atribuirle peso de realidad ontológica a imágenes de extensiones ilimitadas como el mar, una playa, el desierto, un campo, el espacio que llamamos "cielo".

Esas imágenes, en cuanto secreciones inmediatas de la imaginación, pueden devenir metáforas (volver a Aristóteles).<sup>3</sup>

Las imágenes que llamamos originarias, inmediatas, son la materia prima para configurar procesos imaginarios de sustitución, entre ellos la generación de metáforas.

En consecuencia la metáfora es una construcción imaginaria de segundo orden, derivada de operaciones de sustitución realizadas con imágenes.

Asistimos así al desenvolvimiento de procesos imaginarios más complejos, mediatos, de metamorfosis de las imágenes en metáforas. (La receta indica: Bachelard).<sup>4</sup>

En el caso que nos ocupa, es posible describir este movimiento como la transmutación de la imagen vivida de una extensión exterior ilimitada, en metáfora del espacio infinito.

<sup>2</sup> Immanuel Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, "Der Transzendentalen Doktrin der Urteilskraft", I, 197, Werkausgabe. Suhrkamp, Taschenbuch, W. Weischedel, Frankfurt, 1968.

<sup>3</sup> Aristóteles, *Poétique*, Les Belles Lettres, Paris, 1961. "La métaphore est le transport à une autre, transport ou du genre à l'espèce, ou de l'espèce au genre, ou de l'espèce à l'espèce ou d'après le rapport d'analogie." (Cfr. 1457 b.) "...ce qui est de plus important, c'est d'exceller dans les métaphores. En effet c'est la seule chose qu'on ne peut prendre à autrui, et c'est un indice de dons naturels; car bien faire les métaphores, c'est bien apercevoir les ressemblances." (Cfr. 1459 a.)

<sup>4</sup> Gaston Bachelard, *La poétique de l'espace*, P.U.F. Paris. 1994. "La métaphore est relative à un être psychique différent d'elle. L'image, oeuvre de l'Imagination absolue, tient au contraire tout son être de l'imagination." (Cfr. cap. III, p. 79.)

Pero atención, no hemos salido aún del ámbito de la subjetividad imaginante.<sup>5</sup>

### Espacios imaginarios místicos

En el ámbito de la subjetividad imaginante, los espacios imaginarios místicos son una *constante* en los más diversos místicos. La mística propone una rica *diversidad* de espacios imaginarios. Los espacios imaginarios místicos remiten a una *intimidad* profunda. En lo que sigue ilustro estas nociones con pasajes de Hadewijch, Eckhart, Teresa, Juan de la Cruz, Boehme y Silesius.

El papel ontológico esencial de la imagen aparece ya en un pasaje medular del Génesis.

Abrimos el Génesis y leemos:

Después Dios dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza... (1. 26)

Dios creó al hombre a su imagen, lo creó a la imagen de Dios, Él creó al hombre y a la mujer. (1. 27)<sup>6</sup>

Lo que sigue no es hermenéutica, sino paráfrasis.

Dios hizo al hombre “a su imagen”, según la “semejanza”.

Por si no se escuchara bien la enseñanza, reitera que el hombre fue hecho “a su imagen”, es decir, agrega el texto: “Él lo creó a la imagen de Dios.”

<sup>5</sup> Jean-Paul Sartre, *Lo Imaginario*, Losada, Buenos Aires, 1976. I. Descripción. 2. Aquí denuncia lo que llama “ilusión de inmanencia”, que consiste en aceptar que tener la imagen de un objeto es tener el objeto. Piensa que se expresa en Hume. Mi desacuerdo es total. No encuentro fundamento alguno para adjudicar esta concepción a Hume ni a otro filósofo, incluidos quienes defienden la teoría epicúrea de los simulacros. Hasta donde sé, los filósofos no confunden el pensamiento con la cosa. Sin embargo, a la inversa, considero que “imaginar” la cosa conduce a encontrarla, descubrirla, crearla, inventarla o construirla. Ni “ilusión de inmanencia”, ni —en este sentido— “ilusión de trascendencia”, pero imaginar algo prefigura su realidad.

<sup>6</sup> *La Sainte Bible*, Trinitarian Bible society, Londres, 1993. Ancien Testament. Le Pentateuque, La Genèse.

*Ergo*, Dios es la Imagen.

La proto-imagen, originaria, una, eterna.

Dios en el comienzo del Génesis es la imagen una, la fuente eterna, forjadora de infinitas imágenes humanas.

La Imagen de las que proceden las infinitas imágenes. El hombre es imagen de la Imagen.

Angelus Silesius dice:

El hombre es la imagen de Dios.

Todo aquello que Dios puede por toda eternidad anhelar y desear,  
Él lo contempla en mí, como en su Semejanza.

La efigie de Dios está impresa en el alma.<sup>7</sup>

Por su parte Eckhart enseña:

...un poco más de la imagen del alma. Son muchos los maestros que opinan que esta imagen ha nacido de la voluntad y del conocimiento, mas no es así; antes bien digo que esta imagen es expresión de sí misma sin la voluntad y sin el conocimiento. Traeré a colación un simil... cuando una rama brota de un árbol, lleva tanto el nombre como la esencia del árbol. Aquello que brota es lo mismo que permanece adentro, y aquello que permanece adentro es lo mismo que brota. Así pues, la rama es la expresión de sí misma.

Lo mismo digo también de la imagen del alma. Aquello que sale es lo mismo que lo que permanece adentro, y aquello que permanece adentro es lo mismo que lo que sale.<sup>8</sup>

De modo que la fuente eterna de la que brotan inmediatamente las imágenes, es la Imagen primigenia.

Por su parte, Silesius señala:

<sup>7</sup> Angelus Silesius *Le pèlerin chérubinique*, Cerf, Paris, 1994. Libro primero, p. 272, y Libro tercero, p. 76.

<sup>8</sup> Eckhart, *Tratados y sermones*, EDHASA, Barcelona, 1983, Sermón XVI a. pp. 401-402. Cfr. las pp. 259, 285, 405, 462, 592, 617, 672, 678, etc.

Dios es una fuente.

Dios se asemeja a una fuente, se vierte generosamente.

En su criatura, pero sin embargo permanece en El mismo.<sup>9</sup>

Eckhart y después Silesius subrayan *una característica que considero esencial a la imagen: su inmediatez respecto a su origen.*

Ambos hablan de la Imagen de Dios, derramada en imágenes, fundamentalmente la imagen del alma.

Nuestros místicos describen, ¿imaginan?, la creación divina como *el derretirse* de la divinidad, su *derramarse en cascadas de imágenes.*

Puede pensarse que esta noción antropomorfiza la creación divina en cuanto traza una analogía con la noción de creación humana.

En el plano humano podría ponerse en estos términos. Así como la glándula lacrimal produce lágrimas, la salival: saliva; así, la imaginación segrega imágenes.

Para la mística en general, la imaginación humana resulta un estorbo cuando se limita a forjar imágenes que anclan la vida humana en el cuerpo, los sentidos, lo exterior, lo contingente, la apariencia; esto es, la vanidad en cualquiera de sus formas.

En este sentido constituye uno de los obstáculos por vencer en el camino del abandono, del despojamiento inexorable de lo superfluo.

La mística de Teresa censura estas actividades imaginarias.<sup>10</sup>

La mística de Eckhart condena la imaginación del cuerpo y la exterioridad.<sup>11</sup>

Jacob Boehme, “como buen místico”, despliega su pensamiento en el esplendor de las imágenes; pero además, tiende un hilo entre

<sup>9</sup> Angelus Silesius, *op. cit.*, Libro V, p. 216.

<sup>10</sup> Cfr. Teresa, *Obras completas*, Vida, cap. 17. 5. p. 165. Memoria e imaginación estorban, distraen de Dios. En este pasaje la imaginación sale castigada en la pluma ágil, directa, certera de Teresa: “para alabar a Dios la guerra que da y cómo procura desasosegarlo todo. A veces a mí cansada me tiene y aborrecida la tengo y muchas veces suplico al Señor si tanto me he de estorbar me la quite en estos tiempos”.

<sup>11</sup> María Noel Lapoujade, *Filosofía de la imaginación*, cap. 1. Editorial Siglo XXI, México, 1988. pp. 38-39. Cfr. el análisis y las referencias bibliográficas respecto de Eckhart.

los dos extremos del arco: la imaginación corporal y la imaginación de lo invisible, imaginación que termina por anonadarse. En el siguiente pasaje Boheme reúne estos movimientos extremos de la imaginación:

Si te has desprendido de tu naturaleza bestial y feroz, si has dejado la vida imaginaria y abandonado la baja condición figurada de ella, has llegado a la sobre imaginación... un estado de vida que se halla por encima de las imágenes las figuras y las sombras. Y así regirás sobre todas las criaturas, habiéndote reunido con tu origen en ese mismo cimiento o fuente del cual fueron y son creadas; y de aquí en adelante nada de la tierra podrá dañarte. pues eres como todas las cosas; y nada es distinto de ti.<sup>12</sup>

Sin embargo, la traducción al lenguaje de las vivencias místicas, como también la explicación de la doctrina, es un *deleitoso* recorrido por exuberantes tejidos de imágenes, símiles, metáforas, símbolos, alegorías, parábolas, en fin, mundos imaginarios para aproximarse a la fe.

En el espíritu místico brotan infatigablemente las imágenes que crean espacios imaginarios en los que se representa la vida humana terrenal. Espacios imaginarios con los que se describen los itinerarios de las almas hacia Dios. Espacios imaginarios en los que Dios se hace presente al alma. Espacios imaginarios para representar el reino de Dios.<sup>13</sup>

La *geografía mística* recorre espacios imaginarios naturales.

Eckhart pretende que siempre se centre la atención en el interior del hombre, sin embargo:

Esta actitud no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, que exteriormente huya de las cosas y vaya al desierto; al contrario, él debe aprender a tener un *desierto interior* dondequiera y con quienquiera que esté.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Jacob Boheme, *Diálogos místicos*, Teorema, Barcelona, 1982, "Diálogos entre un estudiante y su maestro." p. 14.

<sup>13</sup> En este punto no es posible dejar de mencionar el edificio espacial creado por Dante en *La divina Comedia*.

<sup>14</sup> Eckhart, op.cit., "Pláticas instructivas", p. 97.

Angelus Silesius dice:

El mar en una gotita.

Explica ¿cómo sucede cuando en una gotita, en mí, la totalidad del océano, Dios, en su totalidad rompe?<sup>15</sup>

Por su parte santa Teresa recrea para explicarse la imagen del *huerto*, es decir, de un espacio imaginario natural trabajado por el hombre.

“el que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas... Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas. ... Y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan sino que vengan a echar flores que den de sí gran olor para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta y a holgarse entre estas virtudes.

Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar

...

Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras:

o con sacar el agua de un pozo ...

o con noria ... o de un río o arroyo...

o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro...”

“Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que sabía habían de salir mejores. Digo “cortar” porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto: todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase

<sup>15</sup> Angelus Silesius, *op.cit.*, Libro IV, p. 153.

mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las hierbecillas —aunque sean pequeñas— que ha quedado malas. Con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada, y menos que nada, gánase aquí mucha humildad; toman de nuevo a crecer las flores.<sup>16</sup>

La mística construye *arquitecturas imaginarias: celdas, castillos...*

El espacio del cuerpo como *cárcel* del alma, que recorre una anti-gua vertiente órfico-pitagórica, pasa por Platon (véase por ejemplo el *Fedón*), y se mantiene en el pensamiento cristiano, es fustigado en labios de Teresa, al tiempo que trata con dulzura el alma ahí encerrada:

...somos tan miserables que participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias del cuerpo...<sup>17</sup>

La poderosa imaginación teresiana imagina toda la arquitectura de un *Castillo*, metáfora a la que le dedica una obra entera, en la que trasmite su doctrina y sus vivencias.

El *Castillo interior*, defensa militar o pieza de orfebrería, son los espacios que Teresa imagina para expresar el misterio del espíritu. A la vez, es una metáfora con alcances ontológicos.

La obra se abre con la presentación del *Castillo*, en cuyo centro, centro del alma piadosa, mora el Rey, *deleitándose*. El Dios teresiano se deleita, goza cuando el individuo alcanza un alma justa. Dice Teresa:

...considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Teresa de Jesús, *Obras completas*, Burgos, Editorial Monte Carmelo, 1990, vol. I, Vida, cap. 11. 6, pp. 98-99; y cap. 14, 9, pp. 136-137.

<sup>17</sup> Teresa, *op. cit.*, cap. 11, 15, p. 106.

<sup>18</sup> Teresa de Jesús, *Obras completas*, vol. I, Morada I, cap. 1, 1, p. 790. Subrayados propios.

No es pequeña lástima y confusión, que por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a unó quién es, y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura: todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos. Pues consideremos que este castillo tiene —como he dicho— muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma<sup>19</sup>.

Aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de éstas hay muchas: en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes, laberintos y cosas tan *deleitosas*, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que le crió a su imagen y semejanza.<sup>20</sup>

La arquitectura del *Castillo* es lineal. Su plano imaginario considera el foso, la puerta, las moradas, el hondón, el centro, etcétera.

Este trazado de una imaginación estética, manifiesta —describiéndolas metafóricamente— las operaciones o funciones espirituales en su camino a Dios.

En este sentido es posible establecer ciertas correspondencias: foso-penetración, puerta-lucha, moradas-interiorización, hondón-unión, centro-trascendencia.

El desplazamiento en el *Castillo* es el itinerario del espíritu en su espacio interior, recorriendo sus siete moradas.

Las primeras moradas indican la entrada al castillo, es decir, el alma inicia el trato con Dios.

<sup>19</sup> *Idem*, 2, 3, pp. 792, 793.

<sup>20</sup> *Idem*, Conclusión 3, p. 1042.

Las segundas muestran la lucha con el desorden, el cuerpo que busca imponer sus exigencias; la exterioridad atrae al alma sin cultivar hacia fuera de sí.

Las terceras moradas indican el logro de un programa espiritual de vida, aunque teñido aún por la impotencia y la aridez.

En las cuartas moradas se descubre la *fuerza interior*, de la que brota la luz y el amor pasivo, quieto de la voluntad.

En las quintas moradas muere el gusano de seda, que crece en el interior de la crisálida del alma, de ahí “sale una mariposita blanca”, para renacer en Cristo.

El rey lleva al alma a *la bodega del vino*.

Las sextas moradas, describen el crisol del amor, movimiento extático del alma. El alma —por así decir— se coloca fuera: ex-stasis. Comienza el *sfumato* de los contornos de la figura, de los límites de la subjetividad.

Alcanzar las séptimas moradas significa alcanzar la unión final en la que el alma se funde.

### Los verbos de la contemplación

El camino de la contemplación exige una profunda *actividad, dinamismo, movimiento* tras la aparente quietud. Requiere trabajo. No por imaginario el trabajo es más fácil. Más bien al contrario; estos trabajos del alma son, si se quiere, más duros y rigurosos que las jornadas del trabajo cotidiano.

Es una intensa actividad del espíritu, esfuerzo y fatiga del trabajo interior.

Los diferentes trabajos se expresan por verbos que denotan metafóricamente la actividad.

En estos espacios se requieren los pacientes *trabajos del agricultor*: desbrozar, trazar surcos, sembrar, regar, recoger.

Los trabajos del *construir, edificar*, transformar los espacios imaginarios con la obra humana.

Terminada la obra, el alma se despegas de la tierra imaginaria; entonces puede *volar*.

Cuando el alma se acerca en lo más hondo a Dios, entonces vuela. La imagen del vuelo lanza el alma hacia espacios exteriores imaginarios.

Recorre espacios infinitos, pero acota Boheme:

Todos los lugares son iguales para este ser intelectual si se halla en el amor de Dios y si no está en este amor, todo lugar es igualmente un infierno para él. ¿Qué lugar podría atar a un pensamiento? ¿Qué necesidad tiene un espíritu de comprensión, de mantenerse aquí o ahí, en cuanto a su felicidad o miseria? verdaderamente, dondequiera que esté, se hallará en el mundo abismal en el que no hay ni final ni límite. Y, pregunto, ¿adónde podría ir? Pues aunque se alejase mil millas, o mil veces diez mil millas, y diez mil veces esto, más allá de los límites del universo, yendo a los espacios imaginarios del más allá de las estrellas, aún estaría en el mismísimo punto del que partió. Pues Dios es el lugar del espíritu, si es lícito atribuirle un nombre tal que tiene relación con el cuerpo. Y en Dios no hay límite alguno. Tanto lejos como cerca son aquí uno solo. Y sea en su amor o en su cólera, la voluntad abismal del espíritu se halla confinada en su totalidad.

Es veloz como el pensamiento, pasando a través de todas las cosas; es mágica, y no pueden admitir las cosas corporales o externas; habita en sus maravillas, y éstas son su hogar.<sup>21</sup>

El éxtasis de la unión requiere entrar al espacio más recóndito del espíritu.

El *vuelo* ascendente del alma la impulsa a recorrer espacios infinitos dentro de sí, sumergida, recogida, en la quietud de la intimidad.

*El espíritu asciende sumergiéndose.*

Su vuelo es interior; su ascenso, quieto.

Las imágenes vuelven a la Imagen.

Las infinitas gotas regresan a la fuente brotante. Ellas se ganan, perdiéndose en el manantial original.

Ese *espacio sin lugar*, quintaesencia del espacio imaginario es el espacio carente de extensión imaginaria.

Es aquel no lugar al que, sin embargo, es preciso entrar.

<sup>21</sup> Jacob Boehme, *Diálogos místicos. Del cielo y el infierno*, Teorema, Barcelona, 1983. Cfr. p. 67.

Dice Juan de la Cruz:

Entreme donde no supe,  
y quedeme no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe dónde entraba,  
pero cuando allí me ví,  
sin saber dónde me estaba,  
grandes cosas entendí;  
no diré lo que sentí,  
que me quedé no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.<sup>22</sup>

*Entrar a este espacio es la salida al abismo infinito por el que la exterioridad se acurruca en el interior.*

De este espacio tan íntimo dice una mística anónima en quien resuena Hadewijch:

En la intimidad de la unidad, las uniones son puras interiormente, desnudas, sin imágenes, sin figuras; como liberadas en la eternidad, increadas, en un espacio silencioso, sin límites.

Aquí no encuentro más, ni fin, ni comienzo, ni comparación para expresar perfectamente [esta unión].

Abandono este cuidado a aquellos que la viven; hablar más de un pensamiento tan interior heriría la lengua de quien lo osara.<sup>23</sup>

Este poema continúa en la línea que trazara Hadewijch, así:

Su más profundo abismo es su más alta forma...  
Su más profundo silencio es su canto más alto.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Juan de la Cruz, *Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1982, Poesías. Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de harta contemplación, 9, p. 35.

<sup>23</sup> Cfr. los *Nouveau Poèmes*, cuya atribución a Hadewijch es discutible, particularmente el XVII, p. 166. En Epiney-Zum Brunn, *Femmes troubadours de Dieu*, Éditions Brepols, Belgique, 1988.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, Hadewijch, *Poèmes*, p. 132.

## Espacios místicos de la intimidad

Respecto de un espíritu, subjetividad, yo, psiquismo —términos que a los fines de esta reflexión pueden utilizarse indistintamente—, *la intimidad* es el rincón de la inmanencia subjetiva. Es el fuero en el que cada yo singular, único, irrepetible, se protege, secreto, para sí.

La intimidad como el lado oculto de la luna es invisible desde fuera. Desde la exterioridad es apenas una sospecha.

Se esconde en el fondo de la vida interior, inalcanzable a las miradas que, con estúpida perversidad, procuran burdamente encontrarla.

*Lo íntimo* es todo aquello que le acontece a un individuo de manera tal, que lo vive como algo profundo, que le atañe, le es inherente, lo marca, le incide, le importa, lo compromete.

Lo íntimo es un tesoro escondido.

Lo íntimo jamás es indiferente; sino por el contrario se padece o se goza intensamente, en secreto.

Lo íntimo se acurruca en el espacio de un nido protector que es la intimidad edificada en lo más recóndito de su yo.

Es el oído que escucha las resonancias universales.

En ese rincón ínfimo del espíritu cabe la totalidad.

Es el punto vital en que se recibe la exterioridad exterior, transmutada en exterioridad vivida, esto es, en interioridad recogida.

En el espacio inextenso del punto imaginario a que puede reducirse —concentrada— la intimidad de un yo, se contiene —complicado— el espacio imaginado como infinita extensión.

En la más sublime desmesura, en el absoluto despojamiento, anonadado el punto último en que se sostiene, se gana la más pura *pobreza de espíritu*, el *desierto interior*.

Ahora sólo queda la vibración cósmica eterna, en cuyo aletear el espíritu anonadado se sostiene, suspendido, temblando al unísono en la armonía universal.